

Luisa Castro

CANTO EN EL BOSQUE

Leí Nada muy tarde, cuando conocí a uno de los cuatro hijos de Carmen Laforet, al escritor Agustín Cerezales. Hasta entonces para mí Carmen Laforet era una escritora desconocida, aunque eso nunca se puede decir de un escritor cuyo nombre llega hasta nuestros oídos envuelto en respeto y seriedad a la vez. Respeto y seriedad que no sé de dónde venían, yo no había leído sus libros. Pero hay algo de cada uno de nosotros que viaja en nuestro nombre a través de los tiempos, el nombre de pronto lo dice todo, ante ese nombre la gente se calla, nada puede decir que ya no lo diga el nombre, nombres que no admiten apostillas, ni comentarios.

Decir Carmen Laforet era decir la literatura, y ya antes de leerla yo estaba segura de que ese nombre no me engañaba, de que Carmen Laforet era una escritora. Quizás por eso no tenía prisa de leerla. Los clásicos están siempre ahí esperándonos, algún día llegará que te lean ellos a ti.

Aunque supuestamente no estuviera “en activo”, aunque nadie supiera muy bien donde estaba, había un lugar único y exclusivo en nuestra memoria cultural para Carmen Laforet, y un lugar muy presente. Carmen Laforet es de esos nombres que todos llevamos inscritos en la frente no sabemos por qué. Ella se calló, dejó de estar en el mundo “activo” y nos obligó un poco a todos a ser Carmen Laforet, aunque de eso no fuéramos conscientes ni ella ni nosotros.

La vía que abrió en la literatura española a través de una sola y exitosa novela está todavía por desarrollar. Aunque afectó más bien a la vida que a la literatura de este país, en la forma de sentir y de expresarnos durante tres generaciones; nadie sabe hasta dónde puede influir en nuestras vidas la existencia de un libro, aunque ese libro no se lea.

Todavía está por calibrar la importancia de la existencia de algunas personas en este mundo, aunque a esas personas no las conozcamos nunca, aunque jamás nos las encontremos. Esa joven de la posguerra que leemos hoy y que se parece más a nosotros que cualquiera de nuestros contemporáneos, esa joven que entra a formar parte de un mundo extraño y familiar a la vez, y esa calle Aribau donde una joven empieza a pensar, a sospechar, a juzgar, a sentir y a imaginar con una energía y una libertad insobornables, es la propia contemporaneidad, nuestra propia realidad, el infierno del pensamiento crítico, del beneficio embadurnado de sacrificio, de la violencia soterrada y la relegación definitiva de la inteligencia y de los sentimientos.

Nada es la cima de nuestra época, a partir de ahí sólo se puede bajar. Nada somos nosotros frente al abismo de la perversión, un abismo al que muy pocos

están dotados para descender, pues para ello es necesario una gran lucidez, algo que quizás ya nace con nosotros antes de tener ni siquiera un nombre. Carmen Laforet (canción en el bosque, o la canción del bosque) viajó a ese abismo y nos lo contó con una elegancia y una impecabilidad que en literatura tiene parangón quizás con Henry James o Jonathan Swift. Una mujer, un estilo impecable, una honestidad.